



23 de abril de 2020

## TIEMPO A LA VIDA

Despertó sumida en un desasosiego absoluto, parecía expulsada del mundo onírico contra su propia voluntad, en completo silencio, en completa soledad. Si de ella hubiera dependido habría seguido defendiéndose de esa realidad en la que se encontraba inmersa, viendo cómo era torpedeada una y otra vez por aquellos desconocidos a los que prestaba su fortaleza y parte de su alma.

La plena consciencia aún no había regresado cuando Argenta se incorporó de medio cuerpo en la cama, estaba oscuro y apenas podía delimitar el contorno de los elementos que componían su habitación por una hebra minúscula de luz que se filtraba a través de las cortinas. No supo ni quiso adivinar la hora que podría ser, el cansancio la atenazaba e ilógicamente le impedía seguir durmiendo. En ese estado, como sufriendo los efectos de un narcótico, avanzó hacia la ventana; ansiaba percibir la realidad para dar sentido en ese instante a su existencia, era preciso ubicarse frente al mundo, frente al universo. El desplazamiento ágil e inconsciente de la mano en las cortinas la golpeó de frente en forma de rayo lumínico que la hizo echarse hacia atrás a la vez que cubrirse los ojos con el mismo brazo que había ejecutado el movimiento. Un tiempo pasó, que no atinó a calcular, hasta que sus ojos y todo su cuerpo se habituaron a la nueva situación, acto seguido se acercó a la ventana y miró por ella para cumplir el objetivo propuesto. Lo que vio afuera la inquietó en exceso, si bien identificaba su ciudad y por ende su casa desde la que miraba, apreciaba algo inusual, fuera de lugar. Su ciudad habitualmente llena de vitalidad, la contemplaba desierta como muerta ante sus ojos; “¿dónde estaba la gente?” pensaba en un movimiento lento y aturdido de las señales eléctricas de sus neuronas. El silencio persistía a su alrededor como un manto de hielo que cubre cualquier hálito de vida, el frío que la envolvía y que había acabado con su mundo mientras dormía.

Abatida por el cansancio y la desesperación volvió a sentarse en la cama, con las manos sobre el rostro acariciaba los brotes líquidos que manaban de sus ojos con el único destino el que la gravedad les brindaba. De repente sonó el despertador y a la velocidad de la luz la realidad afloró al consciente de Argenta con una clarividencia inusitada. La energía desbordó sus terminales nerviosas, la vitalidad inundó su alma, la alegría llenó su espíritu; sabía quién era y lo que tenía que hacer.



Como cada mañana Argenta marchó hacia el trabajo en la unidad de cuidados intensivos del hospital de su ciudad, feliz, con un mensaje claro en su mente. “Este virus lo paramos entre todos”.

Hay que darle tiempo a la vida o la vida no nos dará tiempo.

Pedro Pradillo Manzanero  
Miguelturra, Ciudad Real